

L. D. LAPINSKI

EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES



ANAYA

L. D. LAPINSKI

EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *The Strangeworlds. Travel Agency*

1.ª edición: marzo de 2021

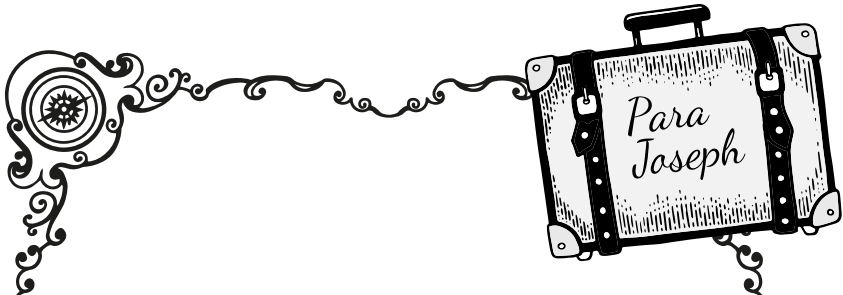
© Del texto: L. D. Lapinski, 2020
Publicado por primera vez por Orion Children's Group,
Hachette UK Company
© De la traducción: Adolfo Muñoz, 2021
© Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta de Jérémie Fleury



ISBN: 978-84-698-8587-1
Depósito legal: M-1062-2021
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



«Todo el mundo tiene dentro un mundo
secreto. Todo el mundo.

Todas las personas del mundo entero. Todas.

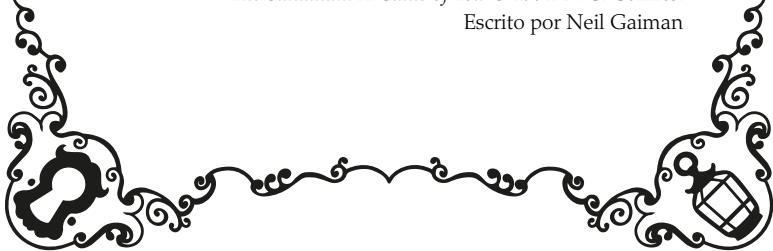
No importa lo grises y aburridas
que parezcan por fuera.

Dentro de ellas, todas tienen mundos
magníficos, maravillosos, idiotas,
asombrosos, inimaginables...

Y no solo uno, sino cientos de mundos.
Miles, tal vez».

Neil Gaiman, *Un juego de ti*

The Sandman: A Game of You © 1991 D. C. Comics.
Escrito por Neil Gaiman





Siempre ha habido en nuestro mundo lugares donde se concentra la magia.

Puedes verla si miras de cerca. Puede que veas un viejo caballo y un carro pasando por la calle principal de una población moderna; o un callejón adoquinado en el que la gente entra, pero ya no sale. De vez en cuando, puede que la veas en alguna persona, en alguien que parece recién salido de una foto antigua. O tal vez, en una cafetería, te llame la atención el bolso de alguien, que parece elevarse del suelo. Cuando vuelves a mirar, esa persona, y su bolso, han desaparecido.

De vez en cuando, se ve la magia en ciertos establecimientos.

Apretadas entre tiendas de una marca determinada y lujosos escaparates, los establecimientos que están llenos de magia nunca resultan llamativos ni ostentosos. Tienen el escaparate sucio y polvoriento, y a veces el cartel de la tienda está tan desgastado que parece como si trataran de

salir otras letras fantasma. La magia no quiere que se la vea, ya sabes. Y la mayor parte de la gente prefiere hacer como si no existiera.

La agencia de viajes Extramundos era tal como tiene que ser un establecimiento mágico.

Los escaparates, de vidrio emplomado, estaban sucios y resquebrajados. La pintura de la puerta se descascarillaba, y apenas parecía que se abriera alguna vez. Sin embargo, había un elemento de aquel comercio que se negaba a difuminarse en el entorno: el letrero que había sobre el escaparate. Siempre estaba claramente pintado, en sedosas letras de oro, resaltadas con negro, contra un fondo rojo rubí. Había una bola del mundo al comienzo del letrero, y otra al final. El establecimiento era de otra época, sin duda, y sin embargo el nombre brillaba a la vista de todo el mundo.

En el tiempo transcurrido entre la apertura del establecimiento, casi ciento cincuenta años antes, y aquel verano en que todo cambió, lo único que se renovaba en la fachada eran las bolas del mundo, que de vez en cuando se repintaban para mostrar los cambios ocurridos en las fronteras entre los distintos países.

Así que se necesitaba un cambio. Y el cambio fue un nuevo visitante que entró en Extramundos para salvar la agencia.

Además de otras cosas.



Jonathan Mercator estaba trabajando. Al menos, eso es lo que te diría que estaba haciendo, si le preguntaras. Lo que de verdad hacía era sentarse detrás de su escritorio, con los tobillos cruzados sobre él, y recostarse en la silla, leyendo.

Unos cuantos periódicos se extendían, abiertos, sobre el escritorio, al lado de sus zapatos, y el sonido de varios relojes desincronizados, que hacían tictac cada uno a su propio ritmo, llenaba el lugar, que por lo demás estaba sumido en un completo silencio. Jonathan no les prestaba atención.

Aquel iba a ser, para lo que tenía acostumbrado, un día de mucho jaleo.

Una sombra cruzó por delante de la gran ventana en saliente. Y después volvió a cruzar, esta vez parándose delante de la puerta. Al cabo de un momento, la puerta se abrió, chirriando contra la abombada madera del suelo, y entró un muchacho que, al ver el interior del establecimiento, curvó no tanto el labio como toda la cara.

Jonathan levantó los ojos por encima del borde de la novela y miró al muchacho con interés.

—Hum... —El chico miró a su alrededor—. Esto no es almacén de juegos, ¿no?

El interés desapareció del rostro de Jonathan como el agua que se escapa por un colador, y miró a su alrededor con fingido asombro:

—Me parece que no. ¿Qué te hizo pensar que pudiera serlo?

El chico sacó su teléfono:

—Se supone que tendría que estar aquí.

—Ah, bueno. Si tu teléfono dice que es aquí, será verdad. No confíes nunca en tus propios ojos, hagas lo que hagas.

Jonathan metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una lupa muy pequeña. Estaba hecha de bronce, con una gruesa lente. Se la lanzó al muchacho, que la cogió con inseguridad.

—¿Por qué no echas un vistazo a tu alrededor para asegurarte bien?

—¿Para qué es esto?

—Tú hazme caso.

El chico frunció el ceño y se llevó la lupa a la cara.

—¿Qué se supone que tengo que ver? ¿Esto funciona? Lo veo todo borroso. —Posó la lupa en el escritorio—. ¿Qué clase de sitio es este? —Su potente voz quedaba absorbida por la sala, de manera que el sonido resultaba plano.

Jonathan suspiró, cogiendo la lupa y volviendo a meterse en el bolsillo.

—¿El letrero que hay encima del escaparate no te ha dado ninguna pista? Somos una agencia de viajes.

El muchacho resopló.

—Vale, puede que diga «agencia de viajes» encima de la puerta, pero aquí ni siquiera tienen ordenador.

Jonathan miró su escritorio, antes de quitar las piernas de él. Además del montón de periódicos, había una taza de té a medio beber y un plato con los restos de una tostada untada con mantequilla de cacahuete. Posó la novela que

estaba leyendo, dejándola abierta y bocabajo para no perder la página por la que iba.

—¿Para qué demonios iba a querer yo un ordenador?

—Eh... ¿no tienen que reservar plazas de avión? ¿Ni organizar viajes programados?

Jonathan sonrió. Era una sonrisa llena de secretos.

—No somos esa clase de agencia de viajes.

El chico frunció el ceño:

—¿Entonces a qué se dedican?

Jonathan se subió las gafas sobre el puente de la nariz y dobló las manos, entrelazando los dedos. Pero no tuvo necesidad de contestar, gracias a la maleta que había a su izquierda, que se abrió como por un resorte.

Tal vez, antes de que las cosas se compliquen demasiado, debiéramos aclarar con precisión por qué aquel joven se mostraba tan escéptico sobre la agencia de viajes Extramundos.

En primer lugar, el visitante tenía razón al observar que el lugar era una reliquia en el terreno tecnológico. De hecho, el elemento más moderno que se veía en posesión de Jonathan Mercator era una máquina de escribir de los años sesenta. Le gustaba mecanografiar en ella notas pasivo-agresivas y esconderlas en libros de la biblioteca. El escritorio sobre el que descansaba la máquina de escribir no habría estado fuera de lugar en el despacho del director de una escuela victoriana, y hasta la ropa de Jonathan parecía antigua. Sus trajes de *tweed* parecían el tipo de ropa de alguien que está a punto de morir, no de un joven de dieciocho años.

Luego estaba el hecho de que la agencia de viajes no tenía colgados bonitos pósteres de Disneyland, ni del Algarve, ni de ningún otro lugar que pudiera apetecer a los clientes. De hecho, no había un solo póster. Solo algunas bolas del mundo y algún atlas. Y algo que parecía una bola del mundo, salvo que la esfera tenía más forma de pera que de balón. Y luego estaban las maletas.

Llenaban una pared entera de la agencia de viajes, colocadas en unas limpias ranuras de madera que entraban en la misma pared. Los estantes iban del suelo al techo, y cada maleta estaba acomodada en su propio nicho, con el asa esperando a que alguien la agarrara y tirara de ella. Había unas maletas puestas entre dos butacas de chimenea, a modo de mesita de café, y otras pulcramente apiladas contra la pared opuesta, y un par de ellas apoyadas contra el escritorio de Jonathan.

Podían contarse al menos cincuenta, apiladas en la pared, y no había dos iguales. Las había de cuero, de grueso cartón, de brillante piel de cocodrilo, y otras forradas en pieles que harían rascarse la cabeza hasta a los zoólogos más entendidos. Algunas tenían etiquetas en los bordes, otras tenían manchas de pintura, y al menos una docena tenían etiquetas de papel atadas en el asa con una cuerda.

La agencia de viajes Extramundos parecía más una oficina de objetos perdidos, o una tienda de antigüedades bastante especializada, que una agencia de viajes. No tenía nada de raro que aquel chico estuviera receloso ya antes de que se abriera la maleta de repente.

Al oír abrirse de repente la maleta, Jonathan se dio la vuelta, sobresaltado, y chirriaron las ruedas de su silla giratoria de cuero y madera. La tapa de la maleta cayó hacia atrás, y un torrente de agua salió de ella.

—¿Qué sucede? —preguntó el chico, echándose rápidamente hacia atrás para apartarse de la inundación.

Unos segundos después, salió un hombre subiendo a través de la maleta, como si esta fuera una trampilla en el suelo. Estaba empapado, y tosía. Un telescopio le colgaba del cinturón, metido en una trabilla de cuero. Enseguida metió la mano en la maleta para ayudar a una mujer a salir medio trepando, medio rodando. La mujer cayó sobre manos y rodillas, y las muchas sayas de su vestido quedaron cayendo sobre las tablas del suelo. Llevaba tres pares de gafas colgadas del cuello, y un espeso cabello negro trenzado y decorado con pequeñas cintas y encajes. Y su tobillo derecho estaba rodeado por un tentáculo de color rojo vivo y aspecto muy viscoso.

—Esa cosa maldita sigue agarrándome, Hudspeth —dijo resoplando, con una voz que parecía más molesta que asustada, pese a que el tentáculo le subía por la pierna.

Su compañero le dio al tentáculo una ligera bofetada.

—¡Fuera! ¿Por qué no te agarras a algo que tenga tantas patas como tú?

El tentáculo apretó más y se puso más rojo.

—Tenga la bondad de desprenderse usted misma de eso —dijo Jonathan lanzando un suspiro—. No puedo aceptar nada que regrese con usted, ya conoce las normas.

La mujer dio otra patada, y entonces el tentáculo soltó el tobillo y se metió dentro de la maleta, salpicando agua. La maleta, de un salto, volvió a cerrarse haciendo «¡clac!».

La pareja quedó tendida en el suelo, empapada, tratando de recuperar el aliento y sonriendo como no debería hacerlo nadie que acabara de salir de una maleta con un pulpo demasiado amoroso. Entonces se miraron uno al otro y empezaron a reírse.

Jonathan cogió uno de los libros y se lo acercó. Buscó la página correcta, y cogió una pluma.

—Me alegro de volver a verlos... Mori y Alfred Hudspeth...

—Simplemente Hudspeth, si no te importa —repuso el hombre con un gesto de dolor.

—De acuerdo. ¡Umm! —dijo Jonathan haciendo un mohín de disgusto—. Su registro indica que deberían volver dentro de una semana. ¿Es que no han tenido un viajecito agradable?

—«Agradable» no es la palabra que yo emplearía. —La mujer, Mori, se ahuecó el pelo y se puso un par de gafas. Después se las quitó y se colocó un segundo par que se dejó puesto, por lo visto porque le gustaron más—. El tiempo ha empeorado: no te creerías el tamaño que tenían las olas. Había rumores de que el viento había arrastrado varios barcos fuera del mapa.

Hudspeth asintió con la cabeza:

—La peor tormenta que he visto en mucho tiempo. Los puertos estaban todos clausurados en la mitad inferior del mundo. Y han vuelto a cambiar la moneda, ¿lo sabías?

—¡Por todos los santos! —Jonathan cogió un papel y escribió en él, negando con la cabeza—. Lo hacen tan a menudo que regresarán al sistema de trueque para cuando vuelva alguien a visitarlos. ¿Al menos habrán tomado notas interesantes?

—Bastante interesantes. —Hudspeth se sacó de dentro de la camisa un libro con pinta de mojado, y lo posó en el escritorio. Jonathan levantó una ceja al verlo—. ¿Se da cuenta de que cada una de estas guías es extremadamente valiosa? ¿Por no decir única a cada maleta? —La cogió con el índice y el pulgar de una mano: goteaba—. No es así como se espera que los miembros de la Sociedad traten los documentos que tienen en su poder.

—No había mucho tiempo para sentarse a escribir ensayos —repuso Hudspeth riéndose.

Jonathan no se le sumó en la risa.

Hudspeth se echó atrás el flequillo. Tenía un corte visible en la frente, que estaba blanco donde el agua había hinchado la herida.

—¿Ves esto? Cuando llegamos a la Cala de las Voces había algo más que un ligero tumulto. La capitana Nyfe no quiere dar pasaje a nadie que no conozca, y menos tal como están las cosas en este momento, así que tuvimos que coger uno de los bajeles más pequeños para intentar llegar a El Roto. Y casi perdemos la maleta cuando empezó la tormenta...

—Y luego vino lo de... lo del pulpo. —Mori se hizo la raya del ojo con un dedo que había recibido atenciones de manicura—. ¿Cómo los llamaba ella?

—*Hafgufa* —dijo Hudspeth—. Monstruos de la niebla.

—Eso es. —Mori volvió a tocarse el maquillaje. El maquillaje de los ojos seguía estando, por alguna razón, inmaculado—. Parecían atraídos por la maleta. Tuvimos que saltar por encima de la borda cuando la bestia agarró el barco. Nunca había visto algo así. Nos recogió una de las barcas salvavidas, pero encontrar un lugar donde abrir la maleta ha sido como una pesadilla.

—Eso no quiere decir que no volviéramos a hacerlo —dijo Hudspeth sonriendo.

—Bueno, demos gracias al cielo de que lograran volver a través de ese oceano de excusas —dijo Jonathan con sequedad. Abrió el libro mojado, y le echó un vistazo—: ¡Nada más que un párrafo escrito! —Levantó la vista—. Saben que esto no es suficiente.

La pareja se puso colorada.

—No hubo realmente tiempo...

—Casi... casi perdemos la maleta, ¿sabes?

—No perder el equipaje —soltó Jonathan—: esa es la Regla Número Uno. Si llevan la insignia en el brazo —Jonathan indicó con un movimiento de la cabeza un trozo casi borrado y rasgado de la manga de Hudspeth—, tienen que respetar las reglas y requerimientos. Esto no es solo una oportunidad para ustedes de...

—Lo haremos mejor la próxima vez —le interrumpió Hudspeth con desdén, mientras ayudaba a su mujer a ponerse de pie—. ¿Estás bien, Mori?

—Más o menos. —Ella se miró y se recolocó la ropa. Al mover la falda, una lupa sujeta a un anillo se le salió del cinturón y quedó balanceándose.

Aquella lupa no era tan pequeña como la que había vuelto a meterse Jonathan en el bolsillo de la chaqueta. Aquella tenía el tamaño de un cepillo del pelo, y tenía aspecto de pesada. El mango era de madera roja barnizada, ribeteado con latón pulido. El aro de latón que sujetaba la lente relucía, y el cristal era grueso. Estaba sujeto al cinturón de Mori por un anillo de metal, como esos que se usan para meter las llaves, solo que mucho más fuerte y agradable de ver.

Jonathan se quedó mirando, y la expresión de su rostro pasó de cortés a irritada como si le hubieran dado a un interruptor.

—¿Usted... usted se ha llevado consigo una lupa?

—Solo por precaución —se apresuró a decir Huds-peth—. Nunca se sabe...

—Yo sí que sé —espetó Jonathan, estirándose de tal modo que parecía mucho más alto que su poco impresionante metro setenta y dos—. ¿Cómo... cómo se atreven? Saben muy bien que no tienen autoridad para hacer uso de eso.

—Escucha...

—No: escuchen ustedes. —Jonathan rodeó su escritorio, con los ojos echando peligrosas chispas tras las gafas—. Ustedes son miembros de la Sociedad. Conocen la historia de la agencia, y saben por qué esas lupas son un instrumento restringido. ¿Cómo se atreven a guardarse una, no digamos ya a llevársela con ustedes? Yo soy su Jefe Custodio. En este mismo instante debería borrar sus nombres del libro.

Mori enrojeció más que nunca.

—Era solo por si acaso...

—¿Por si acaso qué?

—Lo sentimos —dijo Hudspeth levantando las manos—. Jonathan... Señor Mercator... Lo sentimos. La llevamos a Cinco Luces, y pensamos que podía ser de utilidad.

Jonathan levantó la mano:

—Entréguenmela. —La pareja se miró uno al otro. Jonathan repitió—: Yo soy su Jefe Custodio. A menos que quieran una sanción de por vida, entréguenmela. Ahora mismo.

A regañadientes, Mori desenganchó el anillo de su cinturón, y puso la lupa en la mano de Jonathan. Hudspeth frunció el ceño:

—Me costó un ojo de la cara, para que lo sepa.

—Tiene suerte de que no le haya costado nada más —dijo Jonathan en un tono inquietante. La dejó caer en el cajón de su escritorio—: Si no confían en usar una maleta, y solo una maleta, no se molesten en regresar aquí. Esto no es un juego.

—De acuerdo —dijo Mori con voz suave—. Lo sentimos. No lo pensamos. Y la próxima vez lo haremos mejor con la guía. Y con la maleta. Me refiero a no estar a punto de perderla.

Jonathan cerró el cajón de su escritorio, y asintió con la cabeza.

—Gracias.

—Se toma con seriedad sus responsabilidades, por lo que veo —dijo Hudspeth con reticente admiración—. Sin querer ofender, eh...

—Estoy completamente seguro.

El vestido de Mori pingaba agua sobre la madera del suelo.

—Hasta la próxima vez, entonces. —Jonathan empujó el libro hacia el borde del escritorio y colocó una pluma en el nacimiento de las páginas.

Los dos viajeros firmaron en la página abierta. Y a continuación hubo rápidos apretones de manos y sonrisas, antes de que Mori y su marido se excusaran. Salieron del establecimiento de manera nada elegante, con la ropa aún empapada.

La campanilla que había encima de la puerta se movió en silencio, pues hacía tiempo que le faltaba el badajo.

Jonathan fue a buscar una mopa y un caldero por el pasillo que llevaba a la parte de atrás del establecimiento. Tiró del caldero sobre las tres ruedas que le quedaban, antes de empezar a pasar el suelo.

Entonces vio al chico, que estaba abriendo la boca como una carpa a la hora de la comida.

—Ah, pero ¿todavía estás ahí?

El chico movió la cabeza hacia los lados, en señal de negación, cerró la boca de golpe, y salió por la puerta corriendo.

La campana se balanceó violentamente.

Jonathan chasqueó la lengua, y siguió pasando el suelo.

Una vez seco el suelo, Jonathan cogió la maleta mojada con una mano, comprobando el peso y sacudiendo unas gotitas de agua de mar. En el aire había un leve aroma de sal y frescor.

Jonathan le dio a la maleta una palmadita afectuosa. Después, la colocó con cuidado en los estantes, en el hueco que le correspondía. Fue al escritorio y sacó la lupa grande para levantarla a la luz y examinar por un momento la lente. Era realmente bonita. Muy bien hecha. Hecha por alguien a quien le gustaba, y que habría hecho cosas maravillosas con ella.

Una mirada de rabia apareció de repente en el rostro de Jonathan.

Dejó caer la lupa al suelo, y la pisó con fuerza.

El cristal se partió en dos trozos bajo el tacón de su zapato.

Se relajó un poco. Mejor rota que arriesgarse a que cayera en las manos equivocadas.

Se rio ligeramente, poco más que un resoplido ligeramente ruidoso, y se volvió para decir algo.

—¿Tú has...?

Y de pronto volvió a cerrar la boca, como lo hace la gente al darse cuenta de que la persona a la que le querían decir algo ya no está allí.

Estaba completamente solo.

Y lo notaba.



Flick debería estar emocionada. Sus padres lo estaban. Estaban riendo y cantando al son de la radio como si nadie los viera. Hasta Freddy, el bebé, agitaba sus manos pegajosas y daba patadas en el coche que circulaba por la autovía. No es que Flick no comprendiera la emoción de ir a vivir a una nueva casa («¡Con jardín!», había chillado su madre por nonagésima vez, «¡y con dos baños!»), y era verdad que las cosas serían mucho más fáciles a partir de ahora, porque Freddy tendría su propio cuarto... pero ella había nacido en el viejo apartamento (literalmente, ya que en el momento de su nacimiento los enfermeros seguían subiendo sus equipos por la escalera, debido a que aquel día los ascensores estaban estropeados), y ella había visto cómo sus padres lo convertían en un hogar de verdad, con macetas en los alféizares con flores de verdad en ellas y en la puerta un timbre personalizable en lugar del anterior, aunque se había quedado atascado

sonando *We Will Rock You* en cuanto le entró el agua de la lluvia.

—Estará bien escapar de la ciudad a algún sitio que tenga un cachito de verde a su alrededor —había dicho su padre.

Flick no estaba de acuerdo. A ella le gustaba vivir en la ciudad. Y de cualquier manera, tampoco es que el edificio Saint Bosco estuviera en el centro. Había sido estupendo vivir en un piso alto, por encima de todos los demás, con vistas panorámicas sobre la ciudad. Cuando hacía frío, se podían ver las torres de refrigeración de la central eléctrica escupiendo vapor y humo. La madre de Flick solía contar historias sobre aquellas torres, y decía que dentro se escondían dragones. Y no es que Flick siguiera creyéndose aquellas tonterías.

Miró su mochila, que tenía a su lado. Era completamente nueva porque cuando llegara septiembre iría a un colegio nuevo. Había pasado un año acostumbrándose al tamaño de la Academia Lawrence, donde los de siete años se movían en rebaño como animales de presa. Ahora asistiría a Byron Hall, donde había menos de cuatrocientos niños en el colegio entero. Y tendría que llevar corbata. Lo único que a Flick no le parecía horroroso era que en la clase de música los alumnos tenían un piano de verdad.

Salieron de la autovía a una carretera bordeada de árboles, y pasaron por delante de algunas casas muy pijas. La nueva Urbanización del Olmo había sido construida al borde del pueblo de Little Wýverns, y por lo visto había suscitado un montón de quejas. Cuando la carretera se es-

trechó hasta que no cabían por ella más que un coche y medio, Flick tomó aire, como si pudiera adelgazar su viejo Corolla. Otro giro, y de repente las casas de la nueva urbanización parecieron brotar a su alrededor, forrando las aceras y todas en fila hacia atrás, cada una perfectamente colocada tras la otra, como piezas de dominó. Flick cerró un ojo, y avanzó un dedo contra uno de los edificios, imaginando que derribaba la primera y luego iban cayendo todas hacia atrás, una a una.

—Esta es la nuestra —dijo el padre de Flick, metiéndose en el camino de entrada a la casa—. ¡Caramba! El jardín parece un poco distinto al de la casa piloto...

Flick pensó que aquella era la sutileza del siglo. La foto de delante del folleto de la promotora mostraba ese tipo de césped que parece cortado con tijeras para las uñas. Pero no había ningún pulcro césped delante de la nueva casa. De hecho, no había ningún tipo de césped en absoluto. Había, eso sí, algunos hierbajos. Era como si hubieran jugado un mal juego de Jumanji en el patio. Algunas ortigas eran tan altas como Flick. Freddy, recién liberado de la prisión de su asiento en el coche, intentó agarrar una de ellas, pero su madre tiró rápidamente de él. Freddy gritó, y un gato salió disparado de la broza y corrió por la calle como un cohete de colores blanco y rojizo. Los gatos que vivían alrededor de los apartamentos se habían acostumbrado al canto de sirena de Freddy. Los de allí tendrían que aprender aprisa.



—Esta es mi habitación —dijo Flick, agarrando a Freddy delante de ella. Freddy balbuceó y le lanzó un puñetazo a la boca—. Entiendo que eso significa que has comprendido. Mi habitación. No nuestra. Ya no. Tu habitación... —atravesó el rellano—, es esta. Bonita y pequeña, porque tú eres pequeño. —Utilizar la palabra pequeña para referirse a la habitación resultaba generoso. Cuando Freddy necesitara una cama normal, no le quedaría sitio al lado para ponerse de pie.

El bebé dio patadas para que lo dejara en el suelo. Flick lo posó en la moqueta, que todavía olía a la tienda de moquetas, y le dejó que se escapara gateando, dejando un fino rastro de migas a su paso, como un caracol especial.

En el extremo superior de la escalera había una vallita de seguridad infantil, que a Flick no le cabía ninguna duda de que su hermanito aprendería a escalar antes de que acabara la semana. Como el resto de la casa, era nueva. Nuevas moquetas, nueva pintura, horno nuevo, hasta enchufes nuevos en las paredes, lisos y de un blanco reluciente, no como los del viejo apartamento que a veces, cuando se les enchufaba algo, chisporroteaban de modo alarmante.

Flick lanzó un suspiro mientras ponía a cargar la lamparilla nocturna de Freddy. Una no podía hacer como si controlara la electricidad con la mente cuando los enchufes no crepitaban.

Abajo, los dos obreros de la mudanza se iban ya. El padre de Flick les iba dando a cada uno de ellos una propina y las gracias por su ayuda. Flick les dirigió una sonrisa mientras llevaba a Freddy a la cárcel de bebé (también

llamada parque) que su madre había montado para mantenerlo alejado de las cajas.

—Bueno, ¿qué te parece tu cuarto? —le preguntó su madre.

—Es mono —dijo Flick, flexionando los brazos después de posar a Freddy—. Un poco beis.

—Toda la casa es beis —dijo su madre—. Pintura crema y moquetas beis. Si alguna vez los cambiamos, podemos elegir algo más alegre. Supongo que les parece que da sensación de limpieza.

—Parece limpio porque está limpio. El inodoro todavía tiene puesta la funda de plástico.

Flick se fue hacia la caja que tenía la etiqueta «Ropa de Felicity» y la cogió.

—¿Empiezo a subir las cosas?

—Gracias, cielo. —Su madre le dio al bebé una galleta—. Ten cuidado con la escalera, ¿vale?



Al final del día, ya habían revisado la mayor parte de las cajas. Montaron la cuna de Freddy, e hicieron todas las camas, pero todavía no tenían mesa ni sillas para comer, así que, como algo muy especial, tomaron pescado rebozado con patatas fritas sentados en el suelo del salón. Sin embargo, la madre de Flick aún les obligó a comer del plato con los cubiertos habituales, pese a que Flick insistía en que los tenedores de madera de la tienda que daban en la freiduría daban mejor sabor a todo.

El padre de Flick picoteaba de su pescado allí sentado. Isaac Hudson no confiaba en nada que saliera del mar.

—Con cada pez viene gratis una bolsa de plástico —decía en voz alta cuando pasaban delante de la pesquería del supermercado—. En el estómago del pez.

Flick estaba segura de que moriría de vergüenza antes de que le llegaran el día de irse de casa.

—No hay derecho a que no nos hayan dado libre todo el día de mañana —dijo su padre, abandonando la disección de su abadejo—. Pero ya nos hemos hecho una guarida. Mañana por la tarde seguiré desempaquetando.

—Tienes a Freddy —le recordó la madre—. La guardaría nueva no comienza hasta un día después, más o menos.

Flick puso los ojos en blanco. Sus padres raramente se encontraban bajo el mismo techo. Su padre trabajaba como basurero, y salía por la puerta a las cuatro de la madrugada, para no volver hasta cuando su madre tenía que irse al turno vespertino como empleada de correos. La madre llegaba a casa justo a tiempo de bañar a Freddy, y estaba a veces tan cansada que se iba a la cama al mismo tiempo que el bebé. El padre de Flick intentaba aguantar para hacerle compañía a Flick, pero a menudo se quedaba dormido delante de la tele. La mayoría de las noches, Flick lo despertaba y se aseguraba de que iba a la cama, pero a veces lo tapaba con una manta y lo dejaba allí.

—¿Qué planes tienes para mañana, Felicity? —le preguntó la madre posando su plato en el suelo.

Era una trampa. Flick sabía que debería ofrecerse a ayudar a su padre a desempaquetar, pero había estado ha-

ciéndolo todo el día. Había visto suficiente cinta marrón de embalar y cartones para una vida. Aunque no podía decirlo sin sonar como la hija más desagradecida del universo. Mojó una patata en lo que le quedaba de ketchup.

—Umm...

Su padre la socorrió:

—Creo que deberías darte una vuelta —dijo—. Para ver lo que pasa en un sitio pequeño como este. Podrías averiguar dónde está tu colegio.

—No creo que sea difícil de encontrar —dijo Flick—. En todo el pueblo hay unos diez edificios, si no se cuentan los nuevos —dijo posando los cubiertos—. Pero sí, iré a enterarme. Y a ver dónde está la biblioteca y tal, para después del cole.

Su madre asintió con la cabeza:

—Eso es muy sensato. Puedes desempaquetar tus juguetes y cosas por la tarde-noche.

Flick arrugó el ceño. Tenía doce años. No tenía juguetes. Tenía cosas que coleccionaba, y también cosas de valor sentimental. Pero juguetes, no.

—Claro.

Freddy se estiró sobre su alfombra de jugar, logrando la proeza de bostezar y tirarse un pedito al mismo tiempo. Dio la impresión de sentirse muy orgulloso de sí mismo.



Flick corrió sus cortinas nuevas (y beis) y encendió la lámpara que había traído del piso viejo. Tenía forma de seta y

había sido un regalo de la abuela y el abuelo Pitchford cuando era muy pequeña. Había un ratón en la base de la seta, y Flick solía hacer como si estuviera vivo. No lo hacía ya, pero le gustaba recordar aquel tiempo en que podía portarse así. Por desgracia, la seta ahora tenía una raja grande en el sombrero, donde Freddy la había golpeado con una botella llena. Eso hacía que la luz proyectara en el techo una especie de zigzag.

Había media docena de cajas puestas contra la pared, cada una con su nombre. Flick cogió la más pequeña y levantó la tapa. Tal como esperaba, no solo había cosas suyas en ella: al final del proceso de empaquetado, a su padre le había entrado el pánico y había empezado a echar cosas en cualquier caja en la que quedara un poco de sitio.

Encima, sin embargo, estaba la última cosa que Flick había guardado. Levantó un póster que había doblado y vuelto a doblar, y lo cogió por una esquina para que se abriera solo. El póster había sido un regalo de navidad, y Flick lo colocó en la pared, pues la masilla que había tenido seguía pegada al papel.

Era un póster muy impresionante, pensó Flick. Era un mapa del mundo, y la idea era pegarle una pegatina en cada país que uno visitara. Flick ya no tenía las pegatinas que venían con él (un sábado memorable, Freddy las había encontrado y las había pegado todas él mismo), pero no importaba. El único país que había logrado marcar en el mapa era el suyo: el Reino Unido.

Flick puso dos de sus dedos en el Reino Unido, y los hizo caminar, como piernas, sobre el Canal, hasta Francia,

y después a través de distintos países hasta que llegó a China y se le acabó la tierra. Lanzó un suspiro, una semillita de tristeza brotándole en el pecho. Teniendo en cuenta las posibilidades que tenía de llegar hasta ella, China podía ser Júpiter.

Siguió desempaquetando, levantando una caja de zapatos que le parecía que no había visto hasta entonces. En ella había una dirección tachada, y una etiqueta medio borrada en la parte de delante decía «I. T. Hudson»: el nombre de su padre. La abrió y chasqueó la lengua con desesperanza al ver los papeles doblados, la tarjeta magnética caducada y los bolígrafos rotos y secos que su padre había sido incapaz de tirar. Había un joyero de madera en el fondo, con un cierre dorado.

Flick lo sacó. Pesaba. Su madre no tenía muchas joyas, y su padre había llevado el mismo reloj Casio desde que ella recordaba. Tal vez aquella caja contuviera algún tipo de secreto familiar, pensó con emoción. Una caja llena de joyas, o de dinero, o la prueba de que estaban emparentados con la familia real de algún país que se encontraba en la otra punta del planeta.

Levantó el cierre de la tapa.

Y suspiró, decepcionada. El interior estaba lleno de más sobres y papeles. Si encontraba la biblioteca, realmente tendría que llevarle a su padre aquel libro sobre la magia del orden del que hablaba la gente. Cerró la caja de madera, la puso a un lado, y volvió a rebuscar entre sus cosas. Al final encontró lo que estaba buscando: una loncha de cristal de ágata.

El ágata era una de las pocas cosas preciosas que poseía Flick que habían sobrevivido a su hermanito. Su padre se la había comprado cuando fueron juntos a las minas de Blue John, solos los dos, hacía un par de años. El ágata era delgada como el cristal de una copa, y presentaba remolinos de color rosa y morado.

La puso encima de la lámpara, y la sombra en zigzag del techo se convirtió en una aurora.

Flick sonrió y se metió en la cama, dejando que los colores de la luz le colorearan sus sueños.

Cuando Flick Hudson llega por casualidad a la agencia de viajes Extramundos, descubre un secreto maravilloso: hay cientos de mundos a solo unos pasos del nuestro. Lo único que tienes que hacer para llegar a ellos es saltar a la maleta adecuada. Es entonces cuando Flick recibe la invitación de unirse a la Sociedad Extramundos como exploradora.

Pero la Sociedad no pasa por su mejor momento: ha desaparecido Daniel Mercator, el Custodio, y ahora su hijo Jonathan es el responsable de la agencia. Jonathan y Flick se lanzarán a una aventura de maleta en maleta para encontrar a Daniel y descubrirán que su desaparición no es el mayor reto al que se enfrenta la agencia de viajes Extramundos.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578726

ISBN 978-84-698-8587-1



9 788469 885871